

tan el Olimpo, pero son bastante poderosos para hacer el bien ó mal según les parece. Esta es la razón del culto que los helenos practicaron hasta los últimos tiempos á Heraclés y Edipo, á Ulises, Agamenón, Aquiles, y á muchos personajes históricos, como Leónidas y Lisandro, Licurgo y Solón. *Herodoto* cuenta multitud de hechos relativos á la adoración y culto que tributaban á los héroes y que pintan vivamente esta superstición: «La ciudad de *Sicione*,» dice el gran historiador, «adoraba al héroe *Adrasto*, y tenía en la plaza pública un templo. *Clistenes*, tirano de esa ciudad, tuvo la idea de expulsar al héroe, y fué á preguntar al «oráculo de Delfos» si lograría ó no su objeto; pero la contestación no le fué favorable. *Clistenes* fué entonces á *Tebas*, de donde trajo los restos de *Melanipo*, héroe que había sido en vida el mayor enemigo de *Adrasto*, suponiendo que éste huiría disgustado, al ver que se tributaban á *Melanipo* las fiestas que correspondían á él.» Los héroes protectores de una ciudad la defendían y cuidaban, y hasta combatían contra sus enemigos. «Durante la batalla de *Maratón*, los atenienses vieron en medio de ellos á *Tesco*, héroe fundador de *Atenas*, cubierto con brillante armadura; y en la de *Salamina*, á los héroes de esta ciudad, *Ajax* y *Telamón*, que extendían sus brazos en dirección de la escuadra griega.»

Otro culto singular de los helenos fué el de los *oráculos*, nacidos de una creencia común en aquella época: la de los *presagios*. Todo fenómeno común en ciertas circunstancias, y, con mayor razón, los fenómenos extraordinarios, eran interpretados como avisos de las divinidades; así, el vuelo de las aves que cruzan el firmamento, las entrañas de los animales, los temblores de tierra, un *eclipse* y hasta un simple estornudo, eran vistos como presagios favorables ó adversos. Cuando *Jenofonte*, en la «Retirada de los diez mil», dijo á sus soldados: «Con el favor de los dioses tenemos fundada esperanza de salvarnos con gloria», estornudó un soldado; todos creyeron entonces, que la divinidad les enviaba ese presagio. El mismo *Jenofonte*, ilustre filósofo y general consumado, continuó; «puesto que *Zeus* nos envía este aviso, en el momento de discutir nuestra partida, hagamos votos de ofrecerle nuevos sacrificios». Durante la funesta «guerra del Peloponeso», se perdió la desgraciada expedición de *Nicias*, á causa de esta creen-

cia en los presagios: superstición que costó á *Atenas* su mejor ejército, y, en suma, su hegemonía en Grecia. (1)

Esta creencia en los avisos divinos, hizo que se sistemara el procedimiento de advertir á los hombres, en todas las circunstancias de la vida; y en varios puntos de Grecia se formaron asambleas de sacerdotes, á que acudían los fieles en busca de respuestas y consejos; tales fueron los *Oráculos*. Los que gozaron de mayor fama, aun más allá de los límites del país, fueron; el de *Dodona* en el *Epiro*, y el de *Delfos*, en la *Fócide*, al pie del monte *Parnaso*. En *Dodona*, *Zeus* daba las respuestas, valiéndose del susurro de los bosques sagrados, que luego interpretaban los sacerdotes; en *Delfos*, las daba *Apolo*, por medio de una mujer, la pitonisa, que después de prepararse á recibir la inspiración, (bañándose en un manantial sagrado), subía á la trípode, donde le acometía el delirio y pronunciaba palabras entrecortadas, que los sacerdotes se encargaban de interpretar.

desde

### CAPITULO III.

#### Organización política y social de Grecia.

##### I.—Las Ciudades.

**D**URANTE algunos siglos, la nación helénica no existió más que de nombre; cada cantón, cada isla, formaba un Estado independiente, con su capital, su playa y puerto, y con varias aldeas dispersas en la campiña. El número de estos Estados se ignora, pero se supone que en la península era como de ciento, y con las colonias más de mil; jamás dejaron de combatirse y destruirse mutuamente: jamás se unieron para formar un cuerpo único nacional. El Consejo ó liga de los *Anficiones*, que se reunía cada año en *Delfos*, era una asamblea formada

(1) *Nicias* hubiera podido salvar su ejército, y ya había comenzado el embarque; pero un eclipse de luna, lo hizo desistir de su propósito, creyendo que era un signo adverso; se detiene, y entonces los enemigos lo destrozan.

por representantes de doce pueblos solamente, y no tuvo más objeto que cuidar del templo de *Apolo*, celebrar las fiestas del dios y guardar sus tesoros

Sin embargo, desde las costas de *España* hasta el fondo del mar *Negro*, vivían multitud de pueblos, que adoraban los mismos dioses, hablaban el mismo idioma y tenían análogas costumbres; esto es, tenían la misma vida íntima y privada, y constituían análogos organismos políticos.

En esto fundaban su pretensión de formar una misma familia, un mismo pueblo distinto de los demás, de todos aquellos que desde los tiempos de Homero llamaban orgullosamente *bárbaros*, mostrándoles sus *Instituciones*, tan diferentes de las de los pueblos orientales, condenados parece eternamente al despotismo. Sólo dejaron de ser independientes en tiempo de *Alejandro*: pero esto mató el genio propio de los pueblos helénicos, formando desde entonces una nación única, como esclava atada al carro del conquistador. . . Durante varios siglos, pues, los diversos pueblos griegos se constituyeron de modo independiente; pero más ó menos conformes á una de las dos ciudades que tuvieron la hegemonía, ó dirección general de los principales sucesos políticos en Grecia.

## II.—Gobierno y costumbres de Atenas.

TENAS se alza en una enorme peña aislada, junto al mar *Egeo*; la ciudad alta, (la acrópolis), ocupaba la cima de la roca: la época de su fundación asciende á los tiempos fabulosos ó heroicos de Teseo. (1) Al rededor de este caserío vi-

(1) La leyenda de Teseo es muy semejante á la de Hércules. Era hijo de *Egeo*, rey de Atenas; mató al bandido *Sís*, que destrozaba á los viajeros atándolos á las ramas de los árboles, dobladas con esfuerzo; á *Procusto*, que tenía un lecho donde torturaba á sus víctimas. Libró á Atenas del tributo cruel que pagaba á *Minos*, matando al Minotauro, mediante el hilo conductor de *Ariadna*, que le impidió perderse en el *Laberinto*, construído por *Dédalo*. Con *Piritoo* intentó robar á *Proserpina*; pero fracasó en su empresa. Luego viene la tragedia terrible de su culpable mujer, *Fedra*, quien lo indujo á matar á su hijo *Hipólito*; y luego arrepentido, murió de tristeza.

vían los habitantes del *Atica* en un centenar de aldeas distribuídas en el campo; pero todos adoraban á *Ate*, diosa protectora de la ciudad, y obedecían sus leyes. En un principio tuvieron un rey, pero luego, (no se sabe la época precisa de esto), cambiaron la forma monárquica por el *arcontado*, ó sea, nueve gefes, que llamaron *arcontes*, elegidos nuevamente cada año. Este régimen aristocrático y opresor, puesto que los propietarios nobles (eupátridas) vendían á los arrendatarios de sus dominios y extorsionaban de mil modos al pueblo, acabó por cansar y encargaron entonces al sabio *Solón* que les dictase nuevas leyes (594 a de J. C.)

*Solón* (uno de los siete sabios de Grecia), llevó á cabo varias reformas: 1.<sup>o</sup> Disminuyó el valor de la moneda, con lo que pudieran los deudores pagar fácilmente sus deudas. 2.<sup>o</sup> Hizo á los campesinos propietarios de las tierras que cultivaban, y 3.<sup>o</sup> Dividió á los ciudadanos en cuatro categorías según sus rentas; cada cual debía pagar impuestos y servir en el ejército conforme á sus medios, quedando los pobres exentos de contribución y de servicio. Pero todavía tardó *Atenas* un siglo más en constituirse, disfrutando de paz, sólo en el período del poderoso é inteligente *Pisistrato* (591). A su muerte, comenzaron las revoluciones, hasta que *Clistenes* puso el Poder público en manos del pueblo, é hizo ciudadanos á todos los mercaderes establecidos en el *Pireo*. El pueblo ateniense, numeroso é ilustrado, fué el más turbulento de Grecia. A partir de 510, quedó definitivamente constituída la *sociedad* de Atenas y el *Gobierno*.

La sociedad comprendía tres clases de habitantes: los *esclavos*, los *extranjeros* y los *ciudadanos*. Los primeros no tenían derechos y estaban enteramente sujetos al capricho de su amo ó Señor. Se ocupaban en trabajos domésticos, ó en los talleres, fabricando objetos y utensilios para los ciudadanos, puesto que ellos no podían ser propietarios. Los *extranjeros*, [metecas], podían comerciar, puesto que eran libres; pero no participaban del Poder público, ni podían adquirir bienes raíces, ni casarse con las hijas de los ciudadanos; ante la justicia necesitaban un *patrono* que los representase. Los únicos dueños de *Atenas* eran, pues, los *ciudadanos*, «especie de sociedad cerrada en que no entran más miembros que los aceptados por los antiguos, y este

favor lo reservaban á sus hijos.» Ellos son los directores del Estado, los que pueden formar parte de la asamblea, los que tienen el derecho de desempeñar las funciones públicas. A los veintiocho años, el joven ateniense [hijo de ciudadano y ciudadana] debía presentarse ante la asamblea; y, al recibir las armas, prestaba el juramento en estos términos: «Juro no deshonrar estas armas sagradas, no abandonar jamás mi puesto en el combate; juro obedecer á los magistrados y á las leyes, y venerar la religión de mi patria.»

El Gobierno de los atenienses llegó, entre los ciudadanos, á ser una verdadera *democracia* [gobierno por el pueblo. Quince ó veinte mil personas dirigen á su antojo el Estado; ellos forman la asamblea, que se reúne tres veces para deliberar y votar; todos pueden hacer uso de la palabra, subiendo á la tribuna por orden de edades, y una vez que todos los ciudadanos han hablado, el presidente pone el punto á votación, declarándose por la afirmativa, cuando la mayoría levanta las manos. Los mismos ciudadanos forman la asamblea de justicia, en que se reúnen por grupos ó salas, de 1,000 á 1,500 jueces: verdaderos «Jurados populares.» en que acusado y acusador se defienden, pronunciando discursos, que debían durar el tiempo marcado por un reloj de agua. Por último, el *Consejo de Estado*, compuesto por 500 ciudadanos, y que preparaba los negocios, sometidos después á la *asamblea*; los *magistrados*, que ejecutaban los acuerdos: 10 estrategas para mandar el ejército, 30 empleados de hacienda y 60 de policía; todos recibían sus cargos por sorteo riguroso, y el Poder estuvo propiamente en manos del pueblo, [1].

Los más influyentes en este régimen político, en que todos los asuntos públicos se resuelven por medio de discursos, eran los oradores, [demagogos ó directores del pueblo], á quienes el pueblo confiaba embajadas y hasta el mando de los ejércitos. El partido de los ricos se burlaba de esto. *Aristófanes*, célebre autor de comedias, pinta al pueblo en una de ellas bajo la forma de un viejo imbécil, á quien le dicen: «Eres ridículamente crédulo, dejas que los aduladores é intrigantes te gobiernen, llevándote cogido de la nariz, y te sientes transportado de alegría cuando te arengan.»... «Eres

(1) Solo los estrategas parece que eran nombrados directamente por la asamblea.

grosero, perverso.» dice el coro, dirigiéndose á un aventurero, «posees voz robusta, elocuencia impudente y gesto atrevido; créeme, tienes las cualidades necesarias para gobernar á Atenas.»

La vida privada de los atenienses contrastaba con la grandeza de su vida pública; como el ciudadano solo se ocupaba en gobernar y combatir, apenas le quedaba tiempo para permanecer en la casa y cuidar de su familia. Cuando nacía un niño, el padre tenía derecho, conforme á la bárbara costumbre de muchos pueblos orientales, de abandonarlo, para que muriese, sin el auxilio de los necesarios cuidados materiales [1]. Si era recogido, lo educaban de un modo uniforme, solo variable según el sexo. El niño, á la edad conveniente era confiado á los cuidados de un *preceptor ó pedagogo*, que era generalmente un esclavo, encargado de enseñarle á obedecer, á *portarse bien*. Luego, iba á la escuela, donde aprendía á leer, escribir, contar, recitar versos, y á cantar al son de la flauta. El objeto de esta educación é instrucción, que completaban con ejercicios gimnásticos, era, como decían los griegos, formar hombres «sanos de cuerpo y tranquilos de espíritu.»

Cuanto á la mujer, no se le enseñaba nada; permanecía hasta la mayor edad en la casa, al lado de la madre, sin ocuparse en más que los trabajos domésticos, hasta que se casaba. En el lugar más oculto de la casa ateniense, á la manera oriental, estaba el departamento destinado á las mujeres; casi nunca salían de allí, si no era para asistir á las solemnidades religiosas. Padre y marido parecían tratarlas duramente y con desprecio. La base misma de la familia (el casamiento), era vista con indiferencia y hasta con mala voluntad. *Menandro* dice que «el matrimonio es un mal, pero un mal necesario.» El mismo *Platón* dice: «que si los hombres se casan no es por gusto, sino porque la ley lo exige.» Sobre tan deleznable bases, la sociedad helénica, á pesar de la brillantez de su vida pública, tenía que perecer muy pronto.

(1) Lo que abandonaban con más frecuencia eran las hijas. «Un hijo,» dice un griego, «es siempre educado, aun cuando se viva en la mayor miseria: una hija se repudia, aun en el caso de ser rico.»

## III.— Gobierno y costumbres de Esparta.

L sur de Grecia, en el *Peloponeso* [hoy *Morea*] estuvo *Esparta*; ya para el siglo IX era la primera ciudad por su régimen político y social. *Licurgo* que vivió probablemente en ese siglo [884], dió una constitución que hizo la celebridad de Esparta.

Desde que los motañeses dorios invadieron el *Peloponeso*, fijaron su residencia en la *Laconia*, expulsando á los *Aqueos*. Los antiguos habitantes (*aqueos* ó *lacedemonios*) que no quisieron emigrar fueron víctimas de una opresión y de un trato de que no hubo ejemplo en ninguna otra ciudad griega. Desde entonces hubo en *Esparta*, como en *Atenas*, tres clases de habitantes: los *ilotas*, los *periecos*, y los *espartanos* ó *dorios*. Los primeros vivían en chozas diseminadas en el campo, cultivaban la tierra y estaban adscritos á ella de padre á hijo. Eran tratados de un modo insolente y grosero. Un poeta los compara «á asnos cargados, que vacilan bajo el peso de su carga y de los golpes que reciben.» Los *periecos* son los que comercian, y los que fabrican los objetos necesarios; pagan tributo, obedecen á los señores, pero disfrutan de cierta libertad. Los *dorios* eran los únicos que formaban la ciudad; para ellos eran las leyes, el poder, la justicia y el derecho. Sobre esta base desigual de masas de hombres, sometidas á crueles opresores, estableció *Licurgo* (1) su sistema de educación y de gobierno, que hizo de Esparta el pueblo más singular del pueblo antiguo.

El sistema de educación era militar enteramente. Al nacer, el niño era presentado á un consejo de revisión: los débiles eran condenados á perecer; los bien constituidos eran educados en comunidad, y se les sujeta á una vida dura, vida de cuartel ó campamento. Los visiten con un manto ligero, los obligan á andar descalzos, á dormir sobre un haz de cañas y á bañarse en las aguas frías del *Eurotas*; comen poco y de prisa, se les hace

(1) Muchos creen que *Licurgo* es un mito, y que las instituciones que se le atribuyen, se formaron poco á poco en Esparta, del siglo X al VIII.

pelear á puñetazos y les dan azotes con frecuencia, impidiéndoles exhalar una queja. Los enseñaban á robar el alimento, con tal que no fuesen descubiertos; les estaba prohibido hablar durante la comida y debían obedecer á todos los hombres formales que encontrasen. Con las mujeres pasaba lo mismo; las obligaban á correr, saltar, lanzar el disco y el dardo, ni más ni menos que los hombres. Unos y otras andaban «mirando el suelo, silenciosos, sin volver la cabeza, sin hacer más ruido que una estatua.» Llegaron á tener hasta un modo particular de expresarse, el *laconismo*, que consiste en emplear frases cortas, y enérgicas por lo concisas, y que han dado nombre á una forma literaria: el *estilo laconico*.

En su vida todo está reglamentado: el traje, la hora de levantarse y acostarse, las comidas y los ejercicios; la música y el baile son cantos de guerra y movimientos de combate. Los espartanos, más que un Estado, constituían un ejército acampado en país enemigo; y así era, en efecto, pues 200 mil *ilotas* y 120 mil *periecos*, estaban dispuestos á lanzarse sobre sus opresores tan pronto como se debilitaran. La fuerza, el valor y el heroísmo, llegaron á ser en ellos proverbiales; las mujeres mismas dieron ejemplos admirables. Una madre espartana que vió volver á su hijo huyendo del combate, lo mató con su propia mano diciendo: «el Eurotas no corre para los ciervos.» Otra á quien dicen que sus cinco hijos han muerto: «No pregunto eso... ¿ha vencido Esparta?—Sí—Pues corramos á dar gracias á los dioses!»

Es de suponerse lo que sería el gobierno en un pueblo acostumbrado á la disciplina militar, y en el seno de estos guerreros altivos y orgullosos. Fué siempre monárquico y aristocrático: había dos reyes, que ellos mismos se decían descendientes de *Heracles* [*Hércules*], á quienes colmaban de honores; un Senado compuesto por veintiocho miembros, de misión vitalicia, y cinco *éforos*, inspectores elegidos anualmente, y que deciden de la paz y de la guerra, juzgan y mandan el ejército. Los *éforos* son, pues, los que gobiernan á Esparta. Estos magistrados toman decisiones de acuerdo con la asamblea de nobles, sus iguales, y hasta parece que consultan al pueblo en ciertas ocasiones solemnes; pero la verdad es que éste obedecía siempre á sus

superiores y que tenía como dueños. En realidad, el gobierno pertenecía á unas cuantas familias antiguas y ricas, que dominaban en la ciudad; era así, un gobierno esencialmente aristocrático.

La Institución que puede decirse con toda propiedad que los espartanos crearon, y que todos los demás griegos no hicieron mas que imitar, fué el ejército. Antes de ellos, los helenos y, con mayor razón los orientales, no iban juntos al combate, no había un cuerpo único, organizado de manera que pudiera ser manejado á su antojo por el jefe, sino que caudillos y peones marchaban desunidos contra el enemigo, sin obedecer más que á su capricho. Mas, los espartanos discurrieron dividir las masas de hombres en regimientos, batallones, compañías y secciones, con sus jefes respectivos, para ejecutar movimientos uniformes. Modificaron también el armamento reduciéndolo á sistema, y constituyeron el *hoplita* ó guerrero armado con sus armas defensivas y ofensivas: entre las primeras están la coraza, el casco, la espinillera y el escudo; entre las segundas, una corta espada y la lanza de algunos metros de larga.

El modo de combatir era el siguiente: al llegar junto al enemigo, forman en filas, ocho generalmente, cada cual muy junto á su vecino, constituyendo una masa compacta, llamada *falange*. Luego, se ponen en movimiento, con el escudo delante del cuerpo y la lanza en alto, formando una muralla impenetrable, contra la cual no pueden nada los *carros* y los esfuerzos aislados de los enemigos, mientras que ellos con su choque desbaratan las fuerzas del contrario. [1]. Mas, para efectuar estos movimientos uniformes se necesita agilidad y fuerza; y esta es la razón por que los griegos y, principalmente, los espartanos, dieron á la gimnasia y á los ejercicios corporales tanta importancia. El *gimnasio* fué desde entonces una Institución nacional para los griegos: lugar de recreo y escuela en que aprendieron sus pequeños ejércitos á vencer las colosales masas asiáticas, las innumerables muchedumbres del *gran rey*.

(1) Esto fué lo que pasó en las guerras contra los persas, conforme se verá en el Cap. IV.

## CAPITULO IV.

### Principales sucesos políticos de Grecia.

#### I.—Sucesos políticos del siglo XII al VI.

LOS primeros tiempos de Grecia se pierden en las fábulas de la época heroica. Del siglo XII al VIII (a. de J. C.) se verificaron aquellas violentas inmigraciones y emigraciones de pueblos, que dieron origen á los Estados helénicos en la península y en las islas. De todos estos Estados, *Esparta* brilló primero (siglo IX al VIII), como un gran cuerpo social y político, pujante por sus armas, mientras que *Atenas* se debatía en el seno de continuas revoluciones, tan fecundas más tarde. En dos encarnizadas guerras (743-768), después de la derrota definitiva de *Mesenia*, los espartanos dominan el *Peloponeso*. Este pequeño Estado, dirigido por un valeroso caudillo, *Aristómenes*, logró por mucho tiempo oponerse á la opresora dominación *lacedemonia*, combatiendo con éxito á sus orgullosos y fieros enemigos; pero, según tradición admitida por todos, el ateniense *Tirteo* inflamó con sus cantos belicosos el desmayado valor espartano, consiguiendo una victoria completa, en que sucumbió *Mesenia*, baluarte del *Peloponeso*.

En *Atenas* fué más lenta la evolución, y ningún suceso político exterior ni interior señaló este período primitivo de su historia, hasta que *Solón* (595) pudo elevarlo al primer puesto entre los Estados democráticos de Grecia. No obstante esto, las revoluciones continuaron después de *Pisistrato* (561), cuando *Hiparco* é *Hippias*, (sus dos hijos), concentraron el Poder en sus manos. *Armodio* y *Aristógilon* logran libertar de estos dos tiranos la ciudad (510), y puede *Clistenes* restablecer la constitución democrática de *Solón*, ampliando el derecho de ciudadanía y concediéndolo á un gran número de extranjeros. De este modo preparó mejor por la ciudad tan ilustre después en la guerra, en las artes y en las ciencias.